



DE PALABRA

LEER a COLÓN
a través de sus representaciones

Dr Eufemio Lorenzo Sanz
Profesor e Investigador

Colón, el hombre al que todos los artistas representan sin que se conozca retrato auténtico alguno del mismo, ha llegado a ser uno de los personajes más importantes de la historia universal. El autor francés Claudel lo idealiza hasta lo divino y León Le bloy pide su beatificación. Para el romántico Rake, el descubrimiento de América fue el mayor momento de la historia de la humanidad, pues logró cambiar el mundo. Pero en el lado opuesto de los admiradores del almirante se hallan los detractores, como Alejo Carpentier, que en el Arpa y la sombra, se muestra despiadado con el hombre que llegó a tocar el cielo para vivir en el mar.

Al no existir ningún retrato en vida de Colón, cada uno lo representa como le parece. Pero este hombre de leyenda, que alcanzó la gloria, según Víctor Hugo, no por haber llegado a América, sino por haber levado anclas desde España, es muy difícil de leer. Quizás lo consigamos intentando ver al Almirante a través de las múltiples representaciones que de él existen. Sin embargo, las únicas referencias que tenemos nos las facilita el Padre las



Casas: "Fue alto de cuerpo..., la nariz aguileña los ojos garzos, la color blanca, la barba y cabellos rubios".

El primer capítulo del libro de Colón comienza en Génova (1451). Hasta 1578 que se asienta en Lisboa, las pinturas o monumentos a él dedicados muestran al marinero bragado en múltiples puertos. En la etapa portuguesa (1478-1485)

leemos al Colón victoriano, reflexionando, leyendo o viajando para concebir el proyecto descubridor. De 1485 a 1492, capítulo al que corresponden las pinturas de Vázquez Díaz en La Rábida y de la Junta de Castilla y León en Salamanca, nos muestran a un hombre convencido de su idea, de enorme tesón y constancia que nunca se rindió ante las adversidades.

Lo que más valía en Colón era la esperanza que tenía en su proyecto.

Con un puñado de hombres soñadores y la atracción mortal del Atlántico, tocará el cielo y escribirá con letras de oro en el mapa de América: 12 de Octubre de 1492. Este es el Colón que leemos en una alegoría del siglo XVI, en la que tritones, sirenas y nereidas le abren el paso por el Atlántico y la victoria le sigue para coronarlo con laureles. Hasta 1498 Colón sigue disfrutando de la gloria. Así lo leemos en sus retratos del museo Naval y de Piombo: rostro señorial y majestuoso.

Desde el comienzo del tercer viaje a América (1498), el Almirante emprende la caída libre que sus detractores esperaban. La vista de Colón preso junto a sus hermanos es la peor lectura posible de su vida. Al regreso del cuarto viaje a sus Indias

(1504), la estrella colombina palidece y los soberanos le ignoran (retrato siglo XIX).

La marchitada estrella colombina le condujo logotoso a Valladolid, puerto de tierra adentro. En el cuadro de la muerte del Almirante sólo podemos leer: ausencia de autoridades en el último hálito, no del descubridor del Nuevo Mundo, sino de un hombre acomodado cualquiera. ¡Qué pena! Cuántos silencios y tristezas; cuántas soledades y descreditos; cuánta paciencia e incompreensión; que mala fortuna y desgracia; cuánto abandono de la Corona al súbdito que más reinos le dio.

